

Otro país

Luis Rubio

La frontera México-Estados Unidos es un mundo peculiar: parte mexicano, parte americano y, a la vez, distinto a ambos. Sobre todo, es absolutamente diferente a lo que imaginan los políticos en Washington o la Ciudad de México. La frontera ha ido adquiriendo su propio carácter por sus circunstancias particulares: el desdén de sus gobiernos centrales, la distancia a las capitales respectivas y, sobre todo, la dependencia mutua que cada punto de la frontera ha desarrollado. El Paso no podría existir sin Ciudad Juárez y ambas viven en medio de un desierto inhóspito que las atrae en lugar de repelerlas. El reto, y la oportunidad, para México no radica en volver a aislar la zona fronteriza (que es lo que se está haciendo) sino en integrarla con el país a la vez que el país se integre con la propia frontera.

En un libro señero, La Frontera, Weisman y Dusard describen las muchas fronteras que caracterizan a la línea que une (y separa) a las dos naciones: cada región tiene sus características, pero el conjunto guarda semejanzas que se derivan de la interacción permanente -y la interdependencia- que surgen de una convivencia cada vez más profunda. Ese libro, de hace casi tres décadas, era un mero atisbo a lo que habría de venir. El libro describe, e ilustra con fotografías, la cambiante geografía natural, pero también la forma en que interactuaban a diario las comunidades en ambos lados de la línea fronteriza, con todos los problemas y tensiones que son parte inherente al panorama.

De publicar una secuela hoy, estos autores seguramente describirían dos nuevas realidades: primero, el incremento descomunal de la interacción fronteriza, sobre todo producto de la integración creciente entre las dos economías, las cadenas de suministro que alimentan a la industria automotriz, química, electrónica, de aviación y tantas otras que son el pan de cada día de nuestra economía y que han llevado a un ascenso dramático en el número de camiones, carros de ferrocarril y personas que cruzan en ambos sentidos de manera cotidiana. Por otra parte, la descripción seguramente incluiría el deterioro que ha experimentado la región como resultado de la cada vez mayor actividad criminal, los interminables flujos migratorios que ahora se han hacinado del lado mexicano y las tensiones y conflictos que todo esto entraña.

A pesar de estos males, la región es cada vez más un “país” en sí mismo, una región en que conviven comunidades de ambos lados y que tienen características en su vida cotidiana que son radicalmente distintas a las del resto del país. No es casualidad que siempre que se realizan cambios fiscales o regulatorios (como el IVA o sobre el lavado de dinero) se crean excepciones para la zona fronteriza porque no habría otra forma de funcionar

ahí. Innumerables mexicanos van a la escuela en el país del norte, o viven “del otro lado” y cruzan la frontera de manera cotidiana. Trabajadores mexicanos van al lado estadounidense todos los días, en tanto que empresarios americanos vienen a trabajar al lado mexicano.

Algunos estados fronterizos han formalizado diversos esquemas de cooperación para facilitar los intercambios, otros simplemente se dedican a ello. Quizá no hay mejor ejemplo que el caso de la frontera de Sonora y Arizona con su comisión bilateral. Para el estado de Texas, México es su mayor socio comercial, superior en volumen y valor al de todo el resto de sus intercambios con toda la unión americana y sus gobernadores, igual republicanos que demócratas, se dedican a hacer funcionar la relación. El propio gobierno federal estadounidense ha ido inventando mecanismos para facilitar la vida fronteriza y atenuar la creciente complejidad burocrática que caracteriza sus programas de seguridad, a través de sistemas como el Senti, cuyo propósito es hacer expedido el cruce de vehículos previamente registrados.

Para México, la frontera siempre ha sido un desafío. El instinto histórico ha sido el de distanciarnos de los americanos, tolerar las inevitables peculiaridades que requieren quienes viven en esa región y olvidarse del asunto. Fue con ese fin que, a mediados del siglo pasado, se creó la zona libre y, luego, se propició el establecimiento de maquiladoras, pero siempre restringidas a esa región. Es decir, se quería aislar a la zona fronteriza como si se tratara de una cuarentena por razones de salud: que no se contagiara el resto del país.

Esa perspectiva ya no es sostenible ni tiene sentido. Desde los ochenta, la frontera se convirtió en el factor clave de la interacción entre las dos economías y el punto de encuentro de México con su principal motor económico. Desde luego, no hay razón alguna para limitarse a un sólo motor; pero es imposible, y sería suicida, pretender disminuir o eliminar los elementos y mecanismos que hacen funcionar a la región.

En una palabra, en lugar de volver a aislar a esa zona del resto del país a través de la recreación de la zona libre, el gobierno debería integrarla de manera cabal con el resto del país y, al mismo tiempo, integrar al país con esa zona. Este no es un juego de palabras: la única manera de poder prosperar es simplificando, descentralizando y desburocratizando, característica inherente a esa región.

@lrubiof

ÁTICO

La frontera México-EU es un “país” en sí misma; en vez de aislarla deberíamos crear condiciones para que el país crezca a su ritmo.

Nuestras llagas políticas

Enrique Krauze

En este repaso que vengo haciendo sobre las relaciones entre el historiador Daniel Cosío Villegas y algunos presidentes de México, toca el turno a Miguel Alemán, quien había sido su discípulo a principio de los veinte en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela de Leyes. Seguramente escuchó estas palabras del maestro en el curso inaugural de “Sociología Mexicana”, en 1925:

“Crítica, crítica severa, honrada, cuidadosa pero crítica, siempre crítica, aun cuando a veces resulte amarga y dolorosa... Las cosas buenas están bien. Las malas son las que hay que remediar. Es más honrado saber con lo que no se cuenta que jactarse de lo que se posee”.

Esa actitud crítica, característica de don Daniel, alcanzó su mejor momento en “La Crisis de México” (Cuadernos Americanos, Enero-Marzo, 1947). El ensayo lamentaba el abandono de los ideales de la Revolución mexicana, pero no fue un veredicto sobre el régimen de Alemán, que apenas comenzaba. No obstante, la ola de ataques oficiales y oficiosos que provocó llevaron a Cosío a tomar una importante decisión. En 1948, a sus cincuenta años de edad, cambiaría de “casaca”: dejaría el Fondo de Cultura Económica (entonces en el cenit de su prestigio) para dedicarse de tiempo completo a la magna Historia moderna de México.

En su biografía consigné un encuentro grato entre el presidente y el historiador. Fue en ocasión del quince aniversario del Fondo de Cultura Económica. Por conducto del secretario de Hacienda, Ramón Beteta -que pronunció el discurso oficial-, el gobierno ratificó su sustancial apoyo a aquella institución que era orgullo de México. El valor simbólico del acto no fue menor, porque Beteta había sido el responsable directo de un cese injusto contra don Daniel en la cancillería, en 1936. Ahora no le quedaba más que admitir su error.

Pero las buenas formas no impidieron que el crítico se formara una opinión independiente sobre la marcha del país. La vertió en un breve texto de 1951: México había torcido el rumbo.

Cosío Villegas creía que los dos fines fundamentales de una sociedad responsable eran el progreso material general y la libertad política individual. En ambos casos, México fallaba. El gobierno no buscaba el bienestar material general sino una versión restringida, el crecimiento industrial, que privilegiaba a la triple casta de los funcionarios, los obreros y los empresarios: “Así, una tesis fascinadora por su contenido de evidente justi-

cia social se transforma en una tesis económicamente discutible, social y políticamente repugnante”.

Aún más grave le parecía que “el tan decantado progreso material y no sólo el minúsculo industrial” fuese “usado como chorro de luz que se arroja a los ojos del pueblo para cegarlos deslumbrándolos, e impedirle así ver sus propias llagas... ¡sus llagas políticas!”.

Una de esas llagas era la forzada obediencia:

“... el gobernante cuyo programa es exclusivamente de progreso material, declara que es tan esencial a la dicha del pueblo, que refleja tan esplendorosamente la pujanza de la patria que, para dársele, principia por pedir orden, trabajo, disciplina, y acaba por exigir acatamiento ciego y servil, la sumisión abyecta de todo el país”.

Otra era el culto a la personalidad: “Exige más ese gobernante: el reconocimiento de que es obra personal suya todo ese progreso material, hecho, no con el dinero personal del gobernante, sino del país; no con las manos del gobernante, sino las del obrero mexicano; y a un costo que, de conocerse a ciencia cierta, produciría un vértigo mortal. Exige, pues, que cada una de las obras lleve su nombre propio para que las generaciones futuras lo vean en todas partes, como a Dios”.

Una tercera era la “desmoralización” producida por el “engrandecimiento” del gobernante a costa del “empequeñecimiento de los demás”.

Hacia 1969, coincidieron en un Congreso en la Universidad de Texas. Tuvieron intercambios respetuosos y cordiales. Alemán defendió al sistema con estas palabras: “Doctor ... el partido presenta al hombre para dar la oportunidad a la opinión nacional y no solamente a los miembros del partido, de evaluarlo como candidato. Así se atrae el apoyo de las personas que no son miembros del partido, pero que simpatizan con la tendencia del candidato”. El historiador insistió en su crítica al presidencialismo todopoderoso, y pensando en el juicio de la historia le aconsejó escribir sus memorias.

El juicio llega, tarde o temprano. Y recuerda las llagas.

1 Problemas agrícolas e Industriales de México, octubre-diciembre de 1951, vol. III, núm. 4. www.enriquekrauze.com.mx

ÁTICO

El juicio de la historia no perdona los excesos del poder.

La tarea es pensar y enseñar a pensar

Luz Elena Cabrera Cuarón

Puedo decir que por vocación profesional decidí estudiar filosofía. Fue en los 70 que fui aceptada para realizar mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras. El prestigio y fama internacional que caracterizaba la historia y presencia de esta facultad entre las facultades de la UNAM merecía los más amplios reconocimientos en el campo de las Humanidades y de las Artes. Claro que esas consideraciones a los ojos de un estudiante cubren un objeto similar a la misión de los prefacios publicados para obras diversas, dicen lo grande y maravilloso de lo contenido en un tratado, que permanece como un umbral de referencias con dichos generales que si acaso intimidan a los novatos pupilos de primer semestre con la duda de ser y estar debidos.

La duda será la semilla en la que bordará el espíritu de ese núcleo de los inscritos en la carrera de filosofía que perdurarán a lo largo de los semestres de estudio. Otros compañeros del primer ingreso, ya traspuesto el primero o segundo semestres, redefinirían sus caminos académicos o emigrarían a otros quehaceres.

El tránsito a la universidad es una circunstancia determinante para cualquiera pues es el inicio de un proceso hacia el conocimiento en forma que exige al estudiante, junto con su innovada libertad, la organización personal, el estudio individual y la incursión en grupos de trabajo.

En suma, la UNAM abre los caminos a una socialización entre compañeros de diversas procedencias, creencias y visiones del mundo, con lo que contribuye a consolidar un sentimiento identitario mexicano. Este espacio de la conciencia individual y en conjunto contribuía a la formación de una ciudadanía plural, diversa y tolerante. Por la duda llegamos al pensamiento. Llegamos a la carrera de filosofía para pensar, para aprender a pensar de los maestros que bien enseñaban por convicción y compromiso a que desarrolláramos nuestra capacidad de pensar. En ello su apoyo era la estructura del currículo para nuestra formación.

La estructura y secuencia de las materias en esos años llevaban a una buena profundización de los temas presentes, de los extraídos de la historia de la filosofía o bien de filósofos en particular. El currículo había sido diseñado para brindar al estudiante una complementariedad que abo-

naba a la profundización. Los estudiantes en mi generación teníamos una autonomía bastante amplia que nos permitía la libre elección, dentro de las materias seriadas de alternativas de elección entre el cuerpo docente de la escuela. Los maestros con mayor o menor entusiasmo y convicción buscaban despertar en sus estudiantes una más amplia iniciativa de emprendimiento para debatir sobre posturas y tesis diversas de los autores o épocas en estudio.

En los 70 la mayor parte de los estudiantes matriculados en la carrera de filosofía, y supongo que en todas las carreras universitarias, procedíamos de una formación básica y media superior más bien tradicionales, lo que traía como consecuencia una cierta resistencia a abandonar el pupitre de la conformidad y silencio a disentir. Mecanismos bien imbuidos desde el hogar y la educación formal básica.

Ahora, aquí en la Facultad de Filosofía y Letras, en la carrera de filosofía se abrían caminos para la participación en sus diversas expresiones, tanto para cuestionar, discrepar, alternar temáticas o bien reforzar una exposición dada. Estas vías de participación podían ser de libre acceso o bien fuéramos empujados por los propios compañeros o por los maestros. Empezamos a incursionar en los terrenos de la participación intelectual para superar una especie de tara de la educación previa en la comunicación oral y escrita. Esto en algunos compañeros era un mayor obstáculo a superar.

En el ambiente dentro y fuera de las aulas privaba el respeto al compañero y al trabajo en equipo, si bien no se prescindía de la crítica respetuosa ante visiones diferentes y con ello se fortalecía la conciencia crítica. Ello era un mérito claro de la conducción de las cátedras por los maestros que provenían también de esferas, formaciones y hasta nacionalidades diferentes. Todos compartían una razón de respeto a sí mismos y al otro, nunca la imposición de una postura propia. Todavía en mi generación tuvimos el privilegio de haber tenido maestros de gran cultura general y de conocimientos muy especializados de las materias que impartían. Esta experiencia que ofrece la UNAM en distintas facultades, en la licenciatura, así como en estudios de posgrado, constituyen una experiencia muy enriquecedora, cuya huella nos acompaña a lo largo de nuestra vida y

Ahora, aquí en la Facultad de Filosofía y Letras, en la carrera de filosofía se abrían caminos para la participación en sus diversas expresiones, tanto para cuestionar, discrepar, alternar temáticas o bien reforzar una exposición dada. Estas vías de participación podían ser de libre acceso o bien fuéramos empujados por los propios compañeros o por los maestros.

desarrollo profesional, en el ámbito cualquiera de nuestra elección.

Sin menosprecio alguno de los grandes maestros que han sido pilares del conocimiento y de la formación profesional en el universo académico de la UNAM, en los 70, en la licenciatura de filosofía fue mi privilegio haber sido alumna (los enunció en el orden de la memoria que no es el orden de la huella ni de su importancia) de Ricardo Guerra, Alberto Híjar, Carlos Pereyra, Carlos Pereda, Concepción Christlieb, Rosa Krause, Leopoldo Zea, Jaime Labastida, Juliana González, Margarita Valdés, Enrique Villanueva, José Antonio Robles, Ramón Xirau, Eduardo Nicol, Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría, entre otros destacados académicos. Con estos maestros pude, igual que otros compañeros, establecer relaciones maestro/alumna que pasaban de ese ámbito y entraban en relación académica más cercana.

Por vocación profesional elegí el camino de la filosofía que, circunstancias diversas personales, en el camino de mi historia de vida me obligaron a sólo perseverar la reflexión filosófica en forma lateral a mi ocupación profesional. Esto es el resultado de una de las etapas más ricas y de mayor reto que he vivido. La UNAM, la Facultad de Filosofía y Letras y la carrera de filosofía representan para mí uno de mis tesoros más preciados. Al pasar de los años, mis dos hijos estudiaron en la UNAM, uno derecho y la otra, biología. Ambos son ahora exitosos profesionistas en los ámbitos jurídico y taxonómico vegetal. Cuando mi hijo estudió derecho, no se tenía el instrumento de las becas que ofrece Fundación UNAM. Mi hija sí fue beneficiaria de ese programa en su licenciatura. Tenemos mucho que agradecer a la UNAM.

Las circunstancias en mi vida con las

que pude mantener y ampliar, aunque no en forma de dedicación profesional, la reflexión filosófica en cada quehacer emprendido, me han brindado múltiples oportunidades de crecimiento y compromiso social. Dicen que hay caminos en el vivir que se nos abren sorpresivamente, de forma casual o por coincidencia, sin embargo, diría Carl Gustav Jung, que la casualidad, la coincidencia, no existe, sino que todo es parte de un proceso. Existen sí las casualidades significativas, las que son pronas para derivar en coincidencias significativas.

Una coincidencia o casualidad significativa en mi vida profesional la ha constituido esta especie de giro elíptico dentro del cual se reúnen en sincronidad dos sucesos de múltiples aristas, cuyo contenido similar logra entrar en relación en mi desempeño laboral. En Jung, el término de sincronidad se refiere a la simultaneidad entre dos sucesos que se vinculan por el sentido, pero no de manera casual. Aquí entran en sincronidad diversos aspectos de mi sitio de trabajo que se vinculan en forma incluyente entre rasgos de las misiones y visiones fundacionales tanto de la Fundación Miguel Alemán A.C. y la Fundación UNAM A.C. Aparentemente en forma casual, en mi pasado la FUNAM tuvo un impacto en nuestra vida familiar al haber sido disparador del alto desempeño profesional de la formación de licenciatura en biología de mi hija.

Misiones de filantropía, compromiso social, inversión de ética democrática para contribuir a los retos nacionales, sumar peldaños a la prosperidad incluyente. Tal es la sincronidad desde mi asiento en la Fundación Miguel Alemán A.C. y sus programas institucionales y la estrecha colaboración para superar desde una filantropía los vasos comunicantes del objeto filantrópico de la Fundación UNAM A.C.